

Del indoeuropeo al español actual: orígenes, evolución y curiosidades¹

El viernes 12 de junio, la Comisión de Español organizó una charla sobre los orígenes del español dictada por Guillermina Bogdan, doctora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y docente de Latín III y Literatura Latina en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de dicha universidad. La doctora Bogdan es, además, becaria posdoctoral de Filología Clásica en el CONICET; correctora internacional de textos en lengua española, por la Fundación *Litterae*; y especialista en Enseñanza del Español como Segunda Lengua. Dado el interés que generó el tema, compartimos el texto de la presentación.

| Por la **Dra. Guillermina Bogdan** |

La lengua latina no es una lengua muerta, como erróneamente se afirma, sino una lengua no hablada, pues ella sobrevive en los numerosos documentos y testimonios escritos, en las lenguas modernas que de ella derivaron y en innumerables términos científicos y técnicos. Solo son lenguas muertas aquellas de las que no sobreviven ni sus hablantes ni sus testimonios escritos, como lo son ciertas lenguas indígenas de América o África.

El latín, en su variante popular o vulgar, es la madre del castellano y de las lenguas romances, que son el italiano, el francés, el portugués, el rumano, el catalán, el provenzal, el sardo.

Para conocer los orígenes de la lengua latina, hay que remontarse a la existencia del indoeuropeo, que fue una lengua hablada hacia el año 5000 a. C. en una gran extensión de territorio entre Europa Central y la estepa siberiana. El pueblo que hablaba esta lengua es llamado por los estudiosos «indoeuropeo», ya que por esos años comenzó a emigrar hacia el occidente europeo y el oriente asiático.

En esencia, la lingüística histórica es una rama del saber que tiene como objetivo el análisis de la evolución y las modificaciones que experimentan las distintas lenguas a lo largo de su historia, observando al mismo tiempo las relaciones de parentesco o semejanzas que se pueden establecer entre ellas. Siguiendo este planteamiento, sería el filólogo inglés Sir William Jones el primero que se dedicaría al estudio del sánscrito, la lengua de la tradición literaria india, y quien señalaría su evidente semejanza con otras lenguas clásicas como el griego o el latín, tanto en sus raíces léxicas como en su estructura gramatical. A partir de sus estudios, Jones llegó a la conclusión de que las tres lenguas procedían de una antigua fuente común, posiblemente ya extinguida. Esta afirmación sentó las bases de lo que se denominó gramática comparada y despertó el entusiasmo de sus seguidores, quienes no tardaron en relacionar otras lenguas con este antiguo tronco común. En el siglo XIX, Franz Bopp y Rasmusch Christian Rask señalarían como pertenecientes a esta misma familia otras lenguas tan dispares como el lituano, el eslavo, las lenguas nórdicas, el armenio, el celta y el albanés, y emprenderían una labor cuya complejidad nos resulta aún hoy digna de admiración: la de comparar de forma sistemática el vocabulario y la gramática de todas estas

¹ Toda la exposición se compone de datos proporcionados por la bibliografía específica referida.

lenguas, formulando principios teóricos que justificaran su forma actual y que sirvieran al mismo tiempo para reconstruir el idioma común del que procedían.

Este idioma común ancestral recibió el nombre de indogermánico o indoeuropeo, un término que pretendía reflejar el espacio geográfico ocupado por los pueblos que habían empleado históricamente alguna lengua derivada de este. Dicho idioma y la civilización unida a él habrían desaparecido sin dejar ningún rastro documental antes del 2000 a. C., puesto que en esta fecha existen ya testimonios que demuestran una clara diferenciación entre las distintas ramas lingüísticas pertenecientes a esta familia. En función de los datos lingüísticos, se indica que hubo una serie de pueblos denominados indoeuropeos, más o menos situados en el Cáucaso y en la actual Ucrania. Tras varios siglos, se fragmentarían y con ello su lengua también, y se irían distribuyendo por diferentes regiones del globo.

Península española

El nombre de Península Ibérica se debe a un grupo anterior a los celtas, llamados íberos (llamados así por los escritores griegos), de cultura probablemente norteafricana (ciertos rasgos de su lengua quedan en el vasco actual).

Respecto al centro y oeste de la Península, las primeras noticias claras de los historiadores antiguos y los hallazgos de la arqueología moderna atestiguan inmigraciones indoeuropeas que, procedentes de la Europa Central, comenzaron con el primer milenio antes de nuestra era y se extendieron durante muchos siglos. Parece ser que las primeras inscripciones corresponden a los campos de urnas funerarias. En el siglo VI, pueblos célticos habían llegado hasta Portugal y la baja Andalucía (Herodoto de Alicarnaso nombra por primera vez a los celtas). También hay hipótesis de presencias de ligures, ilirios y hasta germanos en la Hispania prerromana. Al tratarse de una época en que las distintas etnias no estaban plenamente configuradas, es muy difícil precisar si los invasores centroeuropeos que llegaron en tiempos remotos eran preceltas o protoceltas, es decir, celtas que todavía se llamaban así y cuya lengua no se había diferenciado aún de las de sus vecinos (las teorías tratan de clarificar por qué se encuentran inscripciones con signos lingüísticos ajenos a los celtas).

En la época de Augusto, el geógrafo griego Estrabón afirmó que entre los naturales de la Península hispana había diversidad de lenguas. Tal aserto se corrobora en inscripciones fúnebres y monedas. La escritura ibérica ofrece pocas dificultades para su lectura, ya que se descubrió una combinación de signos silábicos, como la de los sistemas gráficos cretense y chipriota, con signos representativos de sendos fonemas, como los de los alfabetos fenicio y griego.

La segunda guerra púnica decidió los destinos de Hispania, dudosa hasta entonces entre las influencias céltica,

helénica y africana. En el año 218 a. C., con el desembarco de los Escipiones en Ampurias, empieza la incorporación definitiva de Hispania al mundo grecolatino. En el siglo I, repercuten en Hispania las discordias civiles de Roma. La pacificación del territorio no fue completa hasta que Augusto dominó a cántabros y astures (19 a. C.). Mientras tanto, el señorío romano se había extendido por todo el mundo entonces conocido, a Italia y sus islas circundantes se añadían en el siglo II Iliria, Macedonia, Grecia, el norte de África y la Galia narbonense; en el siglo I, Asia Menor, la Galia, Egipto, el sur del Danubio y los Alpes. Así el oriente, la Hélade y el occidente europeo habitado por pueblos discordes en mezcolanza quedaban sujetos a la disciplina orientadora de un Estado universal.

Hubo una reforma de lengua, cultura y religión por parte de Augusto en Hispania (templos, ritos, etc.). Con la civilización romana, se impuso la lengua latina importada por legionarios, colonos y administrativos. Para su difusión no hicieron falta coacciones, bastó el peso de las circunstancias: carácter de idioma oficial, acción de la escuela y del servicio *milita*, y conveniencia de emplear un instrumento expresivo común a todo el Imperio. La desaparición de las primitivas lenguas peninsulares no fue repentina: hubo un período largo de bilingüismo. Los hispanos empezaban a servirse del latín en sus relaciones con los romanos; poco a poco, las hablas indígenas se irían refugiando en la conversación familiar y al fin llegó la latinización completa.

Origen del latín

El origen del alfabeto latino tiene sus comienzos en la antigua fenicia. Los fenicios desarrollaron su alfabeto hacia 1300 a. C, a partir de ideogramas que fueron reduciendo hasta darles el valor de un sonido independiente o de una sílaba. El contacto con los demás pueblos posibilitó la difusión de este alfabeto al punto de que pueblos muy distintos, como los hebreos, los árabes y los griegos, tomaron el alfabeto fenicio y lo adaptaron según las necesidades de su propio idioma. Al tomar el alfabeto fenicio, los griegos hicieron las modificaciones necesarias. En primer lugar, definieron e introdujeron vocales, anularon las representaciones de sonidos inexistentes en griego y, finalmente, desarrollaron la escritura de izquierda a derecha que actualmente usamos. En principio, los griegos, al igual que los fenicios, utilizaron el sistema de escritura «bustofédico», esto es: «modo de escribir que imita los surcos que el arado hace en el campo al ser tirado por un buey», comenzando de derecha a izquierda y sin separar palabras.

Los griegos conformaron dos alfabetos: el jónico y el calcídico. El jónico fue el más difundido y el que Atenas adoptó oficialmente, mientras que el calcídico se utilizó en la Magna Grecia. Precisamente esta cercanía entre los griegos asentados en el sur de Italia y los romanos posibilitó que se adoptara el calcídico. Sobre esta base, los

>> Del indoeuropeo al español actual: orígenes, evolución y curiosidades

etruscos hicieron sus primeras innovaciones en fonética. Existían dos sonidos semivocálicos llamados *iody wau*, que en el alfabeto calcídico no tenían grafía propia. Los latinos utilizaron *i* y *v*, que eran a la vez vocales y semivocales. Esto significa que en todo el período clásico los latinos no distinguían entre los sonidos /u/ y /v/ e /i/ y /j/.

Huellas célticas en el español

Los nombres de tema en *o* tenían *os* como desinencia de nominativo plural (sujeto en las lápidas). Ello contribuyó a que en español no se siguiera el masculino plural en *i* (como en italiano). Un término como *camisia* dio *camisa* en español, la bebida típica *cerevisia* dio *cerveza*.

Mientras el resto de la Península aceptó el latín como lengua propia, olvidando sus idiomas primitivos, la región vasca (de procedencia, en teoría, africana) conservó el suyo. No por eso permaneció al margen de la civilización que trajeron los romanos, la asimiló en gran parte e incorporó un enorme caudal de voces latinas y las transformó hasta adaptarlas a sus peculiares estructuras (como *errotta*: ‘molino’, de *rota*: ‘rueda’).

Helenismos

El influjo cultural de la Hélade fue decisivo para la evolución espiritual de los romanos. El origen de la literatura latina es la traducción de textos griegos al latín por Livio Andrónico. De allí que la terminología filosófica y médica, por ejemplo, sea griega: *idea*, *filosofía*, *música*, *poesis*, *matemática*, *tragedia*, *comoedia*, *scaene*, *chorus*, *palaestraathleta*, *schola*, los nombres de las especialidades médicas, etcétera.

A partir del siglo II, empiezan a asomar en el Imperio síntomas de descomposición. Cuando la invasión germánica amenazaba ya las desmoronadas fronteras del Imperio, empezó a cundir el nombre de *Romania*, que designó el conjunto de pueblos ligados por el vínculo de la civilización romana.

Latín vulgar y particularidades del latín hispánico

Durante el Imperio, las divergencias se ahondaron en grado considerable: el latín culto se estacionó, mientras que el vulgar, con rápida evolución, proseguía el camino que había de llevar al nacimiento de las lenguas romances. La gente que iba romanizándose no percibía bien distinciones de matiz antiguas en la lengua que aprendían; en cambio, se percataban del valor significativo encerrado en las expresiones que entonces empezaban a apuntar.

Tras un lento proceso, el hipérbaton acabó desapareciendo en la lengua hablada. Los sustantivos empezaron a perder marca de caso (*m* del acusativo) y de a poco el

resto de los casos. El latín vulgar fue limitándose hasta tener una forma de singular y una de plural. Solo el francés conservó una declinación de caso oblicuo que desapareció antes del siglo XV. Los sustantivos neutros pasaron a ser masculinos. La influencia del lenguaje coloquial dio un gran uso a los déicticos (*ille* se transforma en *él*). Se eliminó la forma simple de pasiva. Apareció la *yod*, esto es, la *i/j* se fundió con la consonante que precedía y la palatalizó (*Muliere: mulere*). En el latín clásico, *ce ci* sonaba *keki* y el valor de *ge gi* era el que nosotros damos a *guegui*. Durante la época imperial, las oclusivas *c* y *g* situadas ante *e/i* sufrieron un desplazamiento de su punto de articulación: las vocales palatales las trajeron hacia la parte delantera de la boca. La *c* llegó a pronunciarse como *ch* (como se conserva en italiano).

Deshecho el Imperio en el siglo V, las provincias convertidas en estados bárbaros quedaron aisladas unas de otras y la decadencia de las escuelas dejó al latín vulgar sin la contención que antes suponía el ejemplo de la lengua clásica. En cada región se abrieron camino innovaciones fonéticas y gramaticales, nuevas construcciones de frases, preferencias especiales por tal o cual palabra. Y llegó un momento en que la unidad lingüística latina se quebró y las diferencias locales constituyeron dialectos e idiomas distintos.

En términos generales, puede decirse que los primeros textos franceses están ya más alejados del latín que el español actual. Esto se debe también a que los cambios venían del centro de Roma, y la Hispania más alejada conservaba más el latín vulgar.

Por testimonio de los historiadores antiguos se sabe que, entre los legionarios venidos de Hispania durante el siglo II, los romanos estaban en minoría respecto a itálicos de otra procedencia, cuya lengua originaria no era el latín, sino el osco o el úmbrico. Esto hizo la diferencia dialectal.

Del latín al romance: época visigoda

En el año 409, un conglomerado de pueblos germánicos (vándalos-suevos y alanos) atravesaba el Pirineo y caía sobre España; poco después, el rey visigodo Alarico se apoderaba de Roma y la entregaba al saqueo. Vocabulario guerrero: por ejemplo, en vez de *bellum* se usó *werra*, que da *guerra*. El hecho trascendental de la invasión fue la depresión de la cultura y la no comunicación con el resto de la *Romania*, que hizo más marcada la secularización de cada lengua romance.

Los árabes

Cuando empezaba a consolidarse el aluvión germánico en occidente, las tribus dispersas de Arabia electrizadas

por las doctrinas de Mahoma encontraron un credo y una empresa aglutinante: la guerra santa. En menos de medio siglo se adueñaron de Siria, Persia, el norte de África y Sicilia; siete años bastaron para conquistar España, y a continuación cayó Francia. Frente a la Europa cristiana y romano-germánica se alza el islam.

El elemento árabe, después del latino, fue el más importante del vocabulario español hasta el siglo xvi. Sumando el léxico propiamente dicho y los topónimos, se calcula un total superior a cuatro mil formas. El español adaptó la pronunciación árabe cómo la escuchaba. En árabe, el prefijo *al-* indica sustantivo, así que la mayor parte de las palabras con *al-* son árabes.

La lengua romance de los siglos ix y xi

El romance primitivo de los estados cristianos españoles nos es conocido gracias a documentos notariales que, si bien pretenden emplear el latín, insertan por descuido construcciones de lengua vulgar. Cada estado cristiano tiene su característica propia, de allí se dan los dialectos en la misma España.

Se pidió un dialecto general. El castellano difería del resto, por ejemplo, en el paso de la *f* inicial a *h* (*filio/hijo*). Era el más certero y decidido en la elección, mientras los otros dialectos dudaban entre las diversas posibilidades de un término: *puorta/puerta/puerta*. La aparición del castellano en escritura se da en el siglo x.

«La desaparición de las hablas mozárabes cierra un capítulo de la historia lingüística española. La Península quedó repartida en cinco fajas que se extendían de Norte a Sur. La central, de dialecto castellano, se ensanchaba por Toledo, Plasencia, Cuenca, Andalucía y Murcia, rompiendo el primitivo nexo que unía antes los romances del Oeste con los del Oriente hispánico. [...] el castellano redujo las áreas de los dialectos leonés y aragonés, atrajo a su cultivo a gallegos, catalanes y valencianos, y de este modo se hizo instrumento de comunicación y cultura válido para todos los españoles».

Del español medieval al clásico

En los últimos años del siglo xiv y primeros del xv, se empiezan a observar síntomas de un nuevo rumbo cultural, otra forma de pensar y de escribir. El latinismo culto toma la delantera, ávidos de mostrarse a la altura de las maneras italianas refinadas y sabias. Se implementan en el vocabulario latinismos en desuso: *exhortar, estilo, disolver, obtuso, ofuscar, inmérito, fluctuoso, diminuto*. Y en sintaxis resaltan construcciones latinas de infinitivo o participio de presente (*No creo ir conmigo el que contigo queda; Tanto es más noble el dante que el recibiente*).

1474-1525. Dentro del dominio del castellano, la creciente unificación lingüística se vio favorecida por la difusión de la imprenta. Durante la Edad Media, España había defendido la suerte de la civilización occidental, librándola, al rescatar su propio suelo de la amenaza musulmana; pero, absorbida por la reconquista y fraccionada en varios estados, apenas había podido llevar su iniciativa a la política europea. Elevada por los reyes católicos al rango de gran potencia, España se lanza con Carlos V a defender el catolicismo frente a protestantes y turcos, pone su esfuerzo en la unidad cristiana y propaga en América la fe consoladora. Surgen textos españoles como el *Amadis de Gaula*; el renacimiento hace que revivan los autores clásicos en traducciones españolas, como Cicerón. También Garcilazo.

El español del siglo de oro: el barroco

A fines del siglo xvi, el Imperio hispánico había logrado su máxima extensión. La unidad espiritual se había hecho más sólida. Lenguaje barroco: Lope, Góngora, Quevedo, Calderón; renace lo grecolatino con giros barrocos, sintaxis entrecruzada.

Siglo XVIII

Al terminar la guerra de Sucesión, España se encontraba destruida y comenzó el momento de reconstrucción. En relación con la lengua, se creó, por ejemplo, la Real Academia Española (1713). Se fijaron normas y se eliminaron casos dudosos. Se publicaron el *Diccionario de autoridades* (1726- 1739), la *Ortografía* (1741) y la *Gramática* (1771). Se eliminaron latinismos arcaicos y se reformó la ortografía (cambios de *ph* por *f*; cambio de *y* por *i*, por ejemplo, *syllaba*).

Ya con estas reformas sale la prosa costumbrista de Larra, por ejemplo, la poesía de Bequer y luego la generación del 98 con Rubén Darío.

«La crisis espiritual y política atravesada por el mundo hispánico a partir del siglo xviii no ha restado vitalidad a nuestro idioma, que, lejos de manifestar síntomas de decadencia, ha quintuplicado su número de hablantes en los últimos ciento cincuenta años. Hoy es lengua oficial y de cultura de más de 250 millones de seres humanos, de los cuales unos 220 millones lo tienen por lengua materna. Estas cifras lo sitúan a la cabeza de la familia románica, seguido a gran distancia por el portugués, con unos 100 millones, el francés, con unos 75, y el italiano, que cuenta alrededor de los 55. [...] El español es, por tanto, el instrumento expresivo de una comunidad que abraza dos mundos...»².

² Toda la segunda parte de la exposición se basa en Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, 9.ª ed., Madrid: Gredos, 1981.